

Demarcación del camino

La experiencia de vivir en una poshistoria, una *Posthistoire*, parece repetirse con cierta regularidad en la época moderna europea. La encontramos en diversas expresiones hacia finales del siglo XVIII por ejemplo en Georg Forster,¹ a mediados del siglo XIX entre otras en Jules Michelet² o en el reciente pasado presente.³ La experiencia de tiempos poshistóricos está vinculada de manera especial al desarrollo del pensamiento histórico en sí. Una serie de indicios nos dan a entender que hemos superado la sensación tan generalizada en Norteamérica y en Europa, así como en otros lugares, de vivir en una poshistoria. Con ello a su vez comienza a convertirse en historia un período temporal de la segunda mitad del siglo XX que había sido caracterizado como la posmodernidad y con frecuencia interpretado como una época individual; pero que probablemente se sitúa en un espacio común de la modernidad y de la posmodernidad.⁴

Ante el trasfondo de esta nueva situación y en espera de una nueva caracterización de los objetivos culturales, que tienen que ir marcados por un conglomerado espacial fundamentalmente modificado tanto desde el punto de vista territorial como no territorial, está escrito el presente libro —porque es una primera caracterización de un espacio lúdico puesto nuevamente en movimiento—. Abarca por lo tanto, en el sentido cronológico, el tiempo y espacio de la modernidad y la posmodernidad entre la segunda mitad del siglo XVIII y las postrimerías del siglo XX. A su vez, le dirige a la literatura la pregunta acerca del desarrollo de concepciones espaciales, que —con frecuencia también en diálogo con los otros medios, en especial los de las artes visuales— han sido significativas para el último cuarto del segundo milenio y resaltan en el doble sentido, tanto de una estética como de una «espacialidad» de la época moderna. El punto de partida para una literatura en movimiento y transgresora de fronteras será la literatura de viajes, desde la cual se deberá abrir el

¹ Véase Wolf Lepenies, *Das Ende der Naturgeschichte. Wandel kultureller Selbstverständlichkeiten in den Wissenschaften des 18. und 19. Jahrhunderts*, München: Hanser, 1976, p. 118.

² Cfr. el ensayo de Roland Barthes, publicado por primera vez en abril de 1951, «Michelet, l'Histoire et la Mort», en (íd.), *Œuvres complètes*. Edición realizada y presentada por Eric Marty, tres tomos, Paris: Seuil, 1993-1995, aquí tomo I, p. 94.

³ Véase Hans-Ulrich Gumbrecht, «Posthistoire Now», en Hans-Ulrich Gumbrecht y Ursula Link-Heer (eds.), *Epochenschwellen und Epochenstrukturen im Diskurs der Literatur- und Sprachgeschichte*, Frankfurt am Main: Suhrkamp, 1985, pp. 34-50.

⁴ Cfr. Ottmar Ette, *Roland Barthes. Eine intellektuelle Biographie*, Frankfurt am Main: Suhrkamp, 1998, pp. 487-489.

panorama hacia otros espacios, otras dimensiones y otros modelos o patrones de movimiento, que acuñarán las literaturas del siglo XXI. Y éstas serán, para ello no se requiere ningún don profético, en su mayoría una *literatura sin residencia fija*.

Al preguntarme mi hija de diez años por el título de este libro y al oír que se trataba de una «literatura en movimiento», quedó, a la vez, decepcionada y sorprendida. Una literatura no podía estar en movimiento, porque las letras permanecían en su lugar y no se movían —a diferencia de las imágenes en la película, en la televisión o en Internet—. Después de un silencio, sin embargo, agregó que por momentos sí había creído en la posibilidad de que las letras podían cambiar de lugar durante la noche y ya no encontrarse en su a la mañana siguiente. Me preguntó si eso era lo que yo consideraba *en movimiento*. Con lo anterior circunscribió una idea, que ya había inquietado y a su vez fascinado en su infancia a Jorge Luis Borges —y con ello a una figura que, como pocas, se encuentra en la encrucijada entre la modernidad y la posmodernidad—. De hecho, los libros pueden cambiar durante la noche. Los textos «de pronto» se leen de una manera totalmente diferente, los lectores se frotan sorprendidos los ojos, porque creían conocer tan bien a sus autores. No nos ayuda quedarnos parados: los textos también se mueven sin nosotros y nos dejan tras de sí.

Pero esto es sólo *una* parte del movimiento que tomaremos en cuenta. ¿Qué significa, si no se encontraran solamente en movimiento las letras (y algunos textos), sino la literatura en su totalidad o si la contemplásemos desde otra perspectiva? ¿Si se moviese —tal y como reflexionó Umberto Eco con motivo de las obras de arte móviles de Calder— como un móvil, como un *perpetuum mobile*, por medio del cual los observadores, que a su vez se encuentran en movimiento, puedan formar siempre nuevas configuraciones?⁵ ¿Sería entonces aún posible abarcar la dinámica de un espacio de tal complejidad y diferenciar, como en una coreografía que nosotros mismos contemplamos y a su vez acompañamos o bailamos, los diversos patrones o modelos de movimiento, las figuras fundamentales del movimiento? Estas preguntas, que me han fascinado desde hace tanto tiempo, las trato de escurriñar en el presente volumen en su sentido literal —no para abarcar una totalidad, sino para representar figuras fundamentales de movimiento de la literatura e introducir nuevas perspectivas de análisis—. Cuando nos asomamos por la ventanilla del tren en un día cualquiera, habrá un momento en que no sabremos decir si el que arranca es nuestro tren, el otro o si son ambos los que se ponen en movimiento. Estos instantes breves, y en doble sentido transitorios, que con ayuda de la alar-mada activación de una especie de autoconfirmación del propio punto de vista podemos descartar rápidamente al buscar un objeto fijo; este tipo de instantes también nos los proporciona la literatura, y éstos serán más largos y más intensos.

No solamente los lugares, de los que se relata, sino también los lugares desde donde se escribe y en los que se lee se encuentran en movimiento autónomo y, a su vez, recíproco. Muy pocas veces nos damos cuenta —y la estética de la recepción hasta ahora no ha realizado ningún aporte— que también nosotros como lectores

⁵ Véase Umberto Eco, *Opera aperta*, Milano: Bompiani, 1976, p. 157.

nos encontramos en constante movimiento. Eso no corresponde únicamente al hecho de que nuestras lecturas se realicen en los más diversos contextos con otras lecturas (de textos, signos, experiencias de lo cotidiano, etc.), sino que también se debe al fenómeno —y poco se piensa en sus consecuencias—, de que raras veces leemos un libro de mayor extensión en uno y el mismo lugar. Claro, todavía los hay, los lugares tradicionales de la lectura, entre los cuales el más inmóvil es la cama hogareña, la lectura del libro de cabecera, que sirve además de paso ideal al mundo de los sueños. Nos llevamos el libro en el camino al trabajo, lo leemos en los viajes o lo terminamos después de haber retornado a casa. La lectura de viaje contiene una dinámica espacio-temporal no menor que aquella que resulta cuando comenzamos a leer un libro y terminamos su lectura meses después. ¿No influirán estos movimientos en nuestra percepción, en la forma de leer el libro? ¿Sería igual la apropiación del texto si hubiésemos leído el volumen única y exclusivamente en el mundo cerrado de una biblioteca? ¿Será el mismo *mundo como voluntad y como imaginación* el que percibimos al leer en la cama o en el tren?

La motivación y la concepción de este libro remiten en cierto sentido al planteamiento de un problema, planteado hace muchos años, acerca del espacio literario.⁶ Allí se mostraba la velocidad con la cual cambiaban las coordenadas que construían los textos literarios hacia otros textos de otros autores, otras culturas u otros continentes. Lo anterior es válido tanto para textos individuales como para grupos de textos; incluso si corresponde —para dar un ejemplo geocultural— a una asimetría en las relaciones literarias entre Europa y América Latina que se transforma a lo largo de la historia. Era sugerente completar y dinamizar la sincronía de la investigación de los espacios «estáticos» de un momento específico por medio de una diacronía. ¿Qué consecuencias tendrá este resultado para el análisis de aquellos textos concretos que ocupan el primer plano de los siguientes «pasajes»?

Los espacios políticos, culturales, económicos, sociales y también los literarios que nos circundan, desde la segunda mitad del siglo XVIII, se han modificado de una manera cada vez más veloz. Las literaturas reaccionaron ante este hecho, los estudiosos de la literatura empero no se preocuparon por esta problemática —ni siquiera en el ámbito de la literatura de viajes, que parece idónea para este tipo de investigaciones—. El presente volumen intenta encontrar una serie de respuestas a esta problemática y mostrar de qué manera se puede analizar en diversos planos la dinámica de espacios y relaciones espaciales tanto a partir de textos concretos como en el contexto de desarrollos temporales más amplios. Los «pasajes» y «travesías» se dedicarán a estos movimientos desde puntos de vista siempre diferentes, mas nunca estáticos.

Los nuevos *mappings*, la nueva cartografía de lo cultural, que acuñó, bajo el signo de la posmodernidad, por lo menos el último tercio del siglo pasado, comienzan a perder su capacidad de representación y su eficacia. Los nuevos movimientos,

⁶ Mi primera publicación dedicada a este cuestionamiento fue «“Cierta india que sabe francés”: Intertextualität und literarischer Raum in José Martí “Amistad funesta”», en *Iberoamericana* (Frankfurt am Main), IX, 25-26 (1985), pp. 42-52.

que sin lugar a duda habían sido anunciados por las discusiones en las proyecciones de los debates de la posmodernidad, se están apoderando del espacio y demandando nuevas formas de pensamiento y perspectivas para su análisis. Esto corresponde especialmente, me parece, a las concepciones y a los conceptos que se dedican a las espacialidades transformadas y en proceso de cambio. Al lado de una convivencia *multicultural* y una mezcla y reciprocidad *inter* culturales —y lo siguiente es para mí muy positivo— se ha instalado un entrevero *transcultural* en el cual las más diversas culturas se penetran recíprocamente y se modifican. Los lugares de residencia fijos de las culturas en su mayor parte pertenecen al pasado. Las discusiones, a nivel mundial, pero impuestas desde los «márgenes» a los «centros», sobre el hibridismo, señalan sin lugar a duda los desarrollos nuevos que ya no se dejan impedir. La globalización, de la que tanto se habla y con toda razón, ha sido muchas veces criticada por ser un fenómeno de moda y por su fórmula poco comprometedora, no se ha considerado lo suficiente en las consecuencias que pudiera tener para la literatura y más aún para aquellas ciencias y ámbitos del conocimiento que se abocan a ella.

Para encontrar una respuesta a la pregunta, cuál será el desarrollo postrero, esto es, qué sucederá «después» de la posmodernidad —no importa si la consideramos concluida o no—, las presentes reflexiones partirán de la premisa de que en cualquier caso le corresponderá una importancia crucial a la problemática y a la experiencia del espacio. ¿Pero no nos dejamos engañar aquí por un juicio erróneo fundamental? Porque, ¿el objeto al cual nos abocamos no está amenazado por la minimización; incluso está condenado a desaparecer de manera radical? Hay fundadas razones que hablan a favor de una futura desaparición del espacio. Por un lado, todos hemos podido comprobar que una estructura expuesta a impulsos de modernización cada vez más veloces disminuye y minimiza constantemente el tiempo requerido para la superación de las distancias. Con ello, los espacios dentro de los cuales nos movemos se amplían sin cesar; los espacios temporales vinculados a ellos, sin embargo, disminuyen. Dicho de otra manera, cuanto más extendemos nuestro espacio de movimiento, más pequeño se vuelve el mundo. La situación es paradójica: ampliando nuestro espacio de movimiento, minimizamos este espacio y todos los espacios limítrofes de manera cada vez más radical, porque aceleramos nuestra velocidad de movimiento. A diferencia del espacio sideral, el espacio de nuestra tierra sin embargo es limitado. Podemos llegar a los lindes del ecúmene en cuestión de horas. La transgresión masiva de sus fronteras —ya sean las de las regiones polares, las regiones montañosas altas o las amplias regiones desérticas— pone en entredicho las fronteras del anecúmene y acopla estos espacios, muchas veces no sólo utilizados con fines científicos, sino también en gran medida turísticos, a nuestro espacio de la experiencia. Al margen y como por casualidad resultan así nuevos espacios para la literatura. Si la modernidad desde sus inicios buscaba y frecuentaba siempre los espacios fronterizos —con Rousseau por ejemplo la región de la alta montaña— como focos y espacios para la (auto-) reflexión, así se desarrollaron en la posmodernidad, de manera a veces sorpresivamente consecuente, nuevos *paisajes de la teoría*, que —como lo muestra el ejemplo del desierto, caracte-

rístico para la posmodernidad— representan también regiones en o más allá de la frontera de aquellos espacios de nuestro planeta que pueden ser habitados permanentemente por el hombre.

Sin embargo, no se agota con la ampliación mundial y la consecuente reducción o minimización del espacio, patente también en aquellas ofertas turísticas que prometen una vuelta al mundo, ya sea por el lado derecho o por el izquierdo con sólo unas cuantas escalas o *stop-overs*. Porque de manera convincente se ha hecho hincapié en que el espacio empírico queda abolido a consecuencia del rápido desarrollo de los medios electrónicos y la creación de espacios virtuales vinculados a él.⁷ Si en una casi inmediatez comunicamos por medio de Internet o el satélite los más diversos espacios entre sí y los podemos plasmar en la misma temporalidad virtual, entonces hemos llevado el espacio empírico hacia su desaparición. ¿Por qué entonces hablar todavía de espacios —y precisamente de espacios que podemos conocer empíricamente—, por qué tomar como punto de partida para nuestras reflexiones exactamente esta especie condenada a desaparecer?

Aquel que en su propia trayectoria (y no sólo profesional) presencié la introducción del *Personal Computer* seguramente se acordará de los comentarios y pronósticos vaticinando que la escritura en una superficie virtual haría superfluo el papel o por lo menos iba a reducir su uso de manera drástica. Recordemos que lo contrario ha sucedido y nos preguntamos con preocupación cómo podremos dominar ese torrente de papel producido electrónicamente. ¿Qué pasa si esta experiencia se deja transferir a la problemática del espacio? ¿Si nouviésemos delante de nosotros la creación de un enorme espacio homogeneizado mundialmente, que acaba poco a poco con todas las diferencias, sino que al contrario estuviéramos viviendo una diferenciación del espacio, que pudiera servirse de sus especificidades precisamente a raíz de su comunicación recíproca que se ha vuelto tan sencilla? El sueño de la modernidad, la creación de un espacio cada vez más homogéneo bajo el signo del tránsito mundial, del comercio mundial y de la economía mundial —un sueño que comenzó con la modernidad y tiene en Cristóbal Colón una de las figuras simbólicas más polifacéticas— casi se ha cumplido. Pero de manera *simultánea* a este desarrollo, vigente desde finales del siglo XVIII, se han creado nuevos espacios culturales que no se encuentran bajo el signo de la creciente des-diferenciación, sino de nuevos fenómenos de diferenciación. Tenemos que partir de la simultaneidad continua de *ambos* desarrollos. Es por ello por lo que me parece tan importante la problemática de los procesos de creación de espacios también para las literaturas que se están desenvolviendo y las que se escribirán en el futuro, así como para las ciencias que se dedican a ellas y quieren aprender de ellas.

La globalización es un hecho y, *a su vez*, una ficción. Mejor dicho: una escenificación. Nada lo ha podido mostrar mejor que la fiebre milenaria que se propagó por todo el mundo. La transmisión del cambio de milenio que se movía con una velocidad de rotación planetaria ofreció un escenario gigantesco, cuyo protagonista

⁷ Esto lo representó de manera sugestiva y original: Aurel Schmidt en *Von Raum zu Raum. Versuch über die Reiseliteratur*, Berlin: Merve, 1998.

eran los mismos medios de comunicación conectados por la red. El medio no era solamente el mensaje, sino a su vez emisor, receptor, protagonista y canal en uno. No hacían falta comparsas. Si no eran los coros de escolares en los mares del Sur o la enorme rueda en París, las fiestas de júbilo en Asia, entonces eran los ritos de los chamanes en los Andes o las orgías de fuegos artificiales en los Estados Unidos: siempre se trataba de una exhibición global de los superlativos puesta en escena *por* los medios occidentales *para* los medios occidentales. El *global village* festejaba «sus» medios. La transmisión mundial mostraba la globalización y, más aún, su apariencia, en tanto que parecían participar las más diversas culturas, que en sí no tienen nada en común con el arraigo del proceso de expansión mundial e irrefrenable, escondido tras las cifras y la simbología de los números de tradición cristiano-occidental, más que el hecho fundamental, que han sido absorbidos por el remolino. Y eso por cierto fue suficiente. Se manifestó en el modo en el que las diferentes culturas de manera telegénica y con capacidad de transmitir sus datos fueron puestas en movimiento.

También en el ámbito de las literaturas se han puesto en marcha estos desarrollos, aunque en Europa —a diferencia de los Estados Unidos— no se ha tomado en cuenta. Exagerando un poco podríamos decir que los alemanes crearon, a través del diseño de Goethe, el término de «literatura mundial» y lo pusieron a disposición de todos; después de eso, no se volvieron a ocupar de él. No se trata tampoco y de ninguna manera de una internacionalización de las literaturas en el ámbito de los estados miembros del G-7 o de las manifestaciones literarias del primer mundo, sino de un desarrollo verdaderamente planetario —aunque de seguro no universal—. ¿Cuándo comenzaremos también a tomar en serio este desarrollo en la ciencia y trataremos de orientar en él nuestros conceptos? ¿Por qué nos hemos ocupado sólo de vez en cuando de la pregunta por la causa de que las novedades y transformaciones en el ámbito de la literatura, por lo menos en la segunda mitad del siglo XX, ya no provenían de los «centros», sino de los llamados «márgenes»? También en este sentido se ha puesto en movimiento la literatura, un proceso que se ha intensificado de manera continua al menos desde finales del siglo XIX, y en este momento ha alcanzado una extensión y una dinámica que cambiará y tendrá que cambiar de manera fundamental las literaturas de los llamados «centros». Y con ellas, las ciencias, en especial en Europa. Porque por lo menos en el terreno de la técnica de la información y la transmisión de conocimientos —y la literatura pertenece a este campo, al igual que la ciencia— el sueño de los futuristas italianos de la ubicuidad y la simultaneidad se ha convertido en realidad cotidiana. Si para los teóricos franceses de los años sesenta aún existía un canon establecido de textos obviamente europeos, que además consistía en obras procedentes de cierta región específica de Europa, al que se agregaban algunas pocas obras norteamericanas, hoy en día ya no existe un canon obligatorio que pudiera compararse con aquél. También aquí las cosas han entrado en movimiento. En este sentido, el estudio de las literaturas transgresoras de fronteras significa también que se trata de literaturas que se encuentran más allá de las fronteras vigentes de tipo nacional, continental y territorial; de literaturas que transgreden y atraviesan las fronteras establecidas de

tipo nacional-literario, histórico-literario, histórico-genérico o cultural. El presente volumen se aboca a las demarcaciones que corresponden no solamente a la geografía física, los Estados nacionales o la estratificación de la sociedad, no únicamente a los diversos medios, las artes o la naturaleza, sino también a las disciplinas científicas, los géneros literarios o los paisajes, los mitos, los sexos o las edades.

A ello se aúna el objetivo de promover una nueva comprensión de las ciencias que se dedican a estas literaturas más allá de las limitaciones entre cada una de las disciplinas científicas, más allá de una construcción de objetos disciplinados científicamente. Enhorabuena: porque no sólo a causa de los continuos flujos migratorios, que hace tiempo se han convertido en un fenómeno planetario, las literaturas del siglo XXI serán en su mayoría literaturas sin residencia fija, literaturas que tratarán de sustraerse a los intentos de una terminante (re-) territorialización. La declaración que hiciera Goethe el 31 de enero de 1827 sólo ahora ha adquirido su sentido: «Literatura nacional ya no quiere decir mucho, ha llegado la época de la literatura mundial y cada uno tiene que realizar su contribución para acelerar esta época».⁸ A ello quiere contribuir este libro.

Este libro es, a su manera, muchos libros; sobre todo, empero, es dos libros. Si por momentos le subyace un pensamiento (y una escritura) rizomática, y de vez en cuando proliferante, no se entiende como un libro rizomático en términos de Gilles Deleuze y Félix Guattari. Participa más bien de aquellos otros dos tipos de libro que diferenciaron los siempre estimulantes teóricos franceses. Porque por un lado es un «libro-raíz»,⁹ estructurado jerárquicamente del todo, y cuyo tronco está formado por una serie de preguntas, que ya hemos rozado en este primer acercamiento a nuestro tema. Por el otro lado, empero, es también un libro en el cual prevalecen «la raíz mechón o el sistema de raicillas», un tipo del cual —como agregan Guattari y Deleuze de manera suspicaz— «se sirve de buen grado la modernidad».¹⁰

Lo anterior se debe a que la mayoría de los capítulos son producto de ponencias,¹¹ que completé añadiendo capítulos y textos adicionales. Las exposiciones

⁸ Johann Peter Eckermann, *Gespräche mit Goethe in den letzten Jahren seines Lebens*, edición de Fritz Bergemann, tomo I, Frankfurt am Main: Insel, 1981, p. 211.

⁹ Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Rizóm*. Traducción de Dagmar Berger et al., Berlin: Merve, 1977, p. 8.

¹⁰ Ídem, p. 9. Más reflexiones acerca de la importancia para la concepción de este volumen se encuentran en el inciso «Lecturas continuas y discontinuas» del capítulo seis de este libro.

¹¹ Versiones más o menos modificadas de estos capítulos han sido publicadas ya, tanto en alemán como en otras lenguas. Para el capítulo 1: «Est-ce que l'on sait où l'on va? Dimensionen, Orte und Bewegungsmuster des Reiseberichts», en Walther L. Bernecker y Gertrud Krömer (eds.), *Die Wiederentdeckung Lateinamerikas. Die Erfahrung des Subkontinents in Reiseberichten des 19. Jahrhunderts*, Frankfurt am Main: Vervuert, 1997, pp. 29-78; una primera versión en español se publicó bajo el título *Literatura de viaje: de Humboldt a Baudrillard*, traducción de Antonio Ángel Delgado, México: Universidad Nacional Autónoma de México (Colección Jornadas), 2001, que incluye el primer y segundo capítulos de este libro. El capítulo tres: «Diderot et Raynal: l'œil, l'oreille et le lieu de l'écriture dans "l'Histoire des deux Indes"», en Hans-Jürgen Lüsebrink y Anthony Strugnell (eds.), *L'Histoire des deux Indes: réécriture et polygraphie*. Oxford: Voltaire Foundation, 1996, pp. 385-407, así como «La mise en scène de la table de travail: poétologie et épistémologie immanentes chez Guillaume-Thomas Raynal et Alexander von Humboldt», en Peter Wagner (ed.): *Icons - Texts - Iconotexts. Essays on Ekphrasis and Intermediality*, Berlin/New York: de Gruyter, 1996, pp. 175-209; este último texto apareció en versión española como «La puesta en escena de la mesa de trabajo en Raynal y Humboldt»

siempre habían sido elaboradas —con excepción del séptimo capítulo— con la idea de transformarlas en un libro, cuya concepción, sin embargo, cambió en el transcurso de los últimos años. Porque originalmente debía resultar un libro sobre literatura de viaje con el título *Los que viajan y los que se quedan en casa*. En el transcurso de las exposiciones y sus discusiones se amplió considerablemente el tema propuesto, se tuvieron que escribir capítulos nuevos acerca de textos muy diferentes a los que al principio había tenido en la mente; algunos capítulos que pensaba incluir los excluí y publiqué por separado. Así, el volumen en su forma actual se dedica entre otros a textos de Max Aub, Honoré de Balzac, Roland Barthes, Jean Baudrillard, Jacques-Henri Bernardin de Saint-Pierre, Jorge Luis Borges, Michel Butor, Italo Calvino, Albert Cohen, Cristóbal Colón, Maryse Condé, Denis Diderot, Johann Wolfgang Goethe, Alexander von Humboldt, Julia Kristeva, Charles-Marie de la Condamine, Jean-François de la Pérouse, Jean-Marie Gustave Le Clézio, Guillaume-Thomas Raynal, Alfonso Reyes, José Enrique Rodó, Arnold Stadler y Flora Tristan. A su vez, queremos dar la oportunidad de poder leer el libro no sólo en su conjunto, sino también ofrecer la posibilidad de una lectura de los capítulos por separado. Espero que se pueda lograr esto a pesar de todos los intrincamientos y referencias recíprocas.

Al lado de esta forma de lectura lineal, que abarca el libro en su conjunto o los capítulos por separado, los numerosos subtítulos quieren ofrecer también otras formas de lectura o guías de ruta. Sirven de orientación y ponen a disposición del lector, en el sentido de las figuras fundamentales de movimiento que se expondrán en el primer capítulo, no solamente procedimientos de lectura lineal, sino también

(traducción de Liliana Irene Weinberg), en *Cuadernos Americanos* (México), VIII, 46 (1994), pp. 29-68. El capítulo 4: «Un espíritu de inquietud moral». Humboldtian Writing. Alexander von Humboldt y la escritura en la modernidad» (traducción: Hernán Taboada), en *Cuadernos Americanos* (México), XIII, 76 (julio-agosto de 1999), pp. 16-43. Capítulo 5: «Unterwegs zum Orbis Tertius? Balzac - Barthes - Borges oder Die vollständige Fiktion einer Literatur der Moderne», en Thomas Bremer y Jochen Heymann (eds.): *Sehnsuchtsorte*. (Homenaje a Titus Heydenreich), Tübingen: Stauffenburg, 1999, pp. 279-305. Capítulo 6: «Una gimnástica del alma». José Enrique Rodó, Proteo de Motivos», en Ottmar Ette y Titus Heydenreich (eds.), *José Enrique Rodó y su tiempo. Cien años de Ariel*, Frankfurt am Main/Madrid: Vervuert/Iberoamericana, 2000, pp. 173-202. El capítulo 7 es una versión muy aumentada de «Una minúscula Grecia para nuestro uso». Mito griego, identidad mexicana y vanguardia latinoamericana en Alfonso Reyes», en *Bulletin of Hispanic Studies* (Liverpool), LXXII (1995), pp. 327-343. El capítulo 8 tuvo como fuente: «Vanguardia, posvanguardia, posmodernidad. Max Aub, Josep Torres Campalans y la vacunación vanguardista» (traducción: Antonio Ángel Delgado), en *Revista de Indias* (Madrid), LXII, 226 (septiembre-diciembre), 2002, pp. 675-708. El capítulo 12 tuvo su origen en «De la manera en que el Nuevo Mundo apareció como nuevo en el viejo y de cómo éste pasó a ser viejo en el Nuevo» (traducción: Elvira Gómez Hernández), en *Prismas* (Buenos Aires), VII, 7 (2003), pp. 11-26. Le agradezco a todos los editores de las publicaciones mencionadas, así como a los organizadores de congresos en Mainz, Osnabrück, Ithaca (Estados Unidos), México y Berlín el permiso para utilizar las versiones corregidas y aumentadas. No aparecieron en este volumen los siguientes ensayos, que nacieron en el mismo contexto: «Fernández de Lizardi: “El periquillo sarniento”. Dialogisches Schreiben im Spannungsfeld Europa - Lateinamerika», en *Romanistische Zeitschrift für Literaturgeschichte / Cahiers d'Histoire des Littératures Romanes* (Heidelberg), XXII, 1-2 (1998), pp. 205-237; Albert Cohen: «Jour de mes dix ans»: Räume und Bewegungen interkultureller Begegnung», en Sybille Große y Axel Schönberger (eds.), *Dulce et decorum est philologiam colere. Homenaje a Dietrich Briesemeister*, tomo 2, Berlin: Domus Editoria Europaea, 1999, pp. 1295-1322; «Tres fines de siglo» (parte 1). Kulturelle Räume Hispanoamerikas zwischen Homogenität und Heterogenität», en *Iberoromania* (Tübingen), 49 (1999), pp. 97-122; así como «Tres fines de siglo» (parte 2). Der Modernismus und die Heterogenität von Moderne und Postmoderne», en *Iberoromania* (Tübingen), 50 (1999), pp. 122-151.

circular, de saltos discontinuos, en forma de estrella u oscilatorios. De esta manera queremos que el movimiento no sea únicamente objeto y procedimiento de este libro, sino también de las formas de su apropiación. Este volumen no quiere ser un armatoste o un mamotreto sino un libro de cabecera, que invita a diferentes direcciones de su lectura.

Porque este libro nació del movimiento, y para ser más precisos: de los movimientos de aquellos que viajan y de aquellos que se quedaron en casa. Se basa fundamentalmente en los cambios de lugar que traen consigo las conferencias, los congresos y las docencias en el extranjero. Por momentos me parece que se puede discutir mejor (y de manera más fructífera) en lugares que se encuentran fuera del horizonte de discusión cotidiano. Por lo tanto, también este libro es el resultado de un movimiento de literatura y ciencia, en tanto que se sabe unido con muchos interlocutores de diversos países americanos y europeos. A todos les expreso mi agradecimiento, así como muy especialmente a los colegas en México, que me dieron la oportunidad de revisar críticamente el presente volumen en diálogo con los estudiantes y docentes de la Universidad Nacional Autónoma de México, así como del Colegio de México, durante mi estancia en ese país con motivo de una docencia de profesor invitado auspiciada por el Deutscher Akademischer Austauschdienst.

Este prefacio lo comencé en Alemania y lo terminé en México. Es testigo de aquel movimiento en el sentido de *movión y emoción*, bajo el cual nace este libro y que será representado en las siguientes páginas desde diferentes y cambiantes perspectivas.

Potsdam/Ciudad de México, marzo/abril de 2000

OTTMAR ETTE